

visitado una mina de carbón en Bélgica y encontraba en la catacumba, los mismos corredores ahogados, la misma pesadez asfixiante y un vacío de obscuridad y de silencio. Las velillas eran lo único que brillaba como estrellitas en las tinieblas que no disipaban. Y al cabo comprendió ese trabajo de termitas funerarios, aquellos agujeros de topo abiertos al azar á impulso de la necesidad, agrandados pero sin arte alguno, sin alineación, sin simetría y al capricho de la herramienta. El suelo desigual, subía y bajaba á cada paso, las paredes estaban al biés y allí no se había hecho nada con el auxilio de la plomada, ni de la escuadra. Aquello no era más que una obra de la necesidad y de la caridad, llevada á cabo por inocentes sepultureros de buena voluntad, de trabajadores sin práctica, caídos en la poca habilidad de la mano y en la decadencia. Esto se notaba más que en nada, en las inscripciones y en los emblemas grabados en las placas de mármol. Al verlo dijérase que se trataba de esos dibujos pueriles que los chiquillos de la calle trazan en las paredes.

—Fijáos y veréis que las más de las veces no hay más que un nombre... otra ni esto y sí únicamente las palabras *in pace*... Otras veces hay un emblema, la paloma de la pureza, la palma del martirio ó bien el pescado, cuyo nombre griego está compuesto de cinco letras griegas que son las iniciales de las cinco palabras: Jesu-Cristo Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

Acercaba la vela y se veía la palma con un solo rasgo central erizado con otros más pequeños á los lados; la paloma ó el pescado hechos con un trazo de contorno, con la cola figurada por un zig zag y los ojos por un punto redondo. Las letras de las lacónicas inscripciones, iban de través, siendo desiguales, sin forma, la tosca escultura de los ignorantes ó de los sencillos.

Pero llegaron á una cripta, á una especie de sala, en la que se habían hallado las sepulturas de muchos papas, entre otras varias la de Sixto II, un santo mártir, en honor del cual lefase una inscripción métrica, soberbia, colocada allí por el papa Dámaso y más adelante, en una sala tan pequeña como la otra, veíase la tumba de una familia, decorada más modernamente con inocentes pin-

turas murales y enseñaban el sitio en que se había descubierto el cuerpo de Santa Cecilia. Continuaba la explicación, comentando el religioso las pinturas, sacando de allí á la fuerza la confirmación irrefutable de todos los sacramentos y de todos los dogmas, el bautismo, la eucaristía, la resurrección, Lázaro saliendo de la tumba, Jonás arrojado á la playa por la ballena, Daniel en el foso de los leones, Moisés haciendo brotar agua de la peña y el Cristo sin barba de las primeras edades haciendo milagros.

—Ya lo estáis viendo, todo esto es auténtico,—repetía,—no hay nada que lo sea más; no se preparó nada.

A una pregunta de Pedro, cuya admiración iba en aumento, convino en que las catacumbas eran primitivamente sencillos cementerios en los que no se celebraba ninguna ceremonia religiosa. Más tarde únicamente, al llegar el siglo iv, cuando se honró á los mártires, se utilizaron las criptas para el culto. Sólo fueron un lugar de refugio durante las persecuciones en las épocas en que los cristianos tuvieron que ocultar las entradas. Hasta entonces habían permanecido abiertas pero de una manera legal. Y esa era la historia verdadera; cementerios de los cuatro primeros siglos, convertidos en lugares de asilo, y asolados durante las persecuciones; venerados en seguida hasta el siglo viii en que las despojaron de sus sagradas reliquias hasta que cayeron en el olvido cegadas por las tierras, ocultas bajo éstas durante más de setecientos años y, en tal olvido, que los primeros trabajos que se hicieron para buscarlas en el siglo xv las pusieron de manifiesto como un hallazgo extraordinario, un verdadero problema histórico acerca del cual no se ha dicho la última palabra más que en nuestros días.

—Tened la amabilidad de inclinaros un poco, señoras,—dijo complacientemente el religioso.—Ved en este nicho un esqueleto al que nadie ha tocado. Está ahí desde hace mil seiscientos ó mil setecientos años y eso permite comprender cómo colocaban los cuerpos... Los sabios dicen que es una mujer... mejor aun una joven... El esqueleto estaba aún intacto el año pasado; pero ya lo véis el cráneo está roto... Fué un norteamericano el que lo hizo

con la punta del bastón para asegurarse de que la cabeza no estaba falsificada.

Inclináronse las señoras y sus rostros pálidos iluminados por la luz débil é incierta de las velillas, revelaron una piedad no exenta de horror. La hija sobre todo tan exuberante de vida; con su boca de rojos labios, sus grandes ojos negros, presentóse durante un momento lastimosa y doliente. Y todo cayó en la sombra, cuando se levantaron las velas y continuaron atravesando las espesas tinieblas á lo largo de las galerías. Durante una hora siguió aún la visita, porque el guía no perdonó ni un detalle, teniendo preferencias por ciertos sitios y excitado por el celo como si trabajase en favor de los viajeros.

Y Pedro siguió examinando todo, mientras que en él se operaba una transformación profunda. Poco á poco, y á medida que veía y comprendía, su estupor, su asombro de los primeros momentos al encontrar la realidad tan distinta del embellecimiento con que la adornaran narradores y poetas; su desilusión al haber ido á parar á aquellos agujeros de topo, tan pobre y groseramente labrados en el fondo de aquella tierra rojiza, cambiáronse en una emoción fraternal, en un enternecimiento que le trastornaba el corazón. Y no le sucedía esto al pensar en aquellos mil quinientos mártires, cuyas, sagradas osamentas descansaban allí, si no al recordar á aquella humanidad dulce, resignada y alentada por la esperanza en la muerte. Para los cristianos, aquellas oscuras y profundas galerías, no eran más que un lugar temporal de sueño. Si no quemaban los cuerpos, como los paganos, y si los enterraban, era porque habían aprendido de los judíos su creencia en la resurrección de la carne; y esa idea venturosa del sueño, del buen descanso, después de una vida honrada, esperando las recompensas celestes, hacía que considerasen como una dicha la paz inmensa, el encanto infinito de la ciudad subterránea. Todo hablaba allí de noche negra y silenciosa; todo dormía en una inmovilidad enagenada, esperando pacientemente hasta el lejano despertar. ¿Había algo más conmovedor que aquellas lápidas de mármol ó de arcilla recocida que ni siquiera llevaban un nombre y en las que únicamente estaban grabadas las palabras *in pace*, en paz?

¡Estar al fin en paz, dormir en paz y esperar en paz el cielo futuro después de haber llevado á cabo la misión impuesta! ¡Esa paz parecía tanto más deliciosa cuanto la gozaban con una humildad perfecta! Indudablemente los sepultureros trabajaban al azar con irregularidades de obreros poco diestros; los artistas no sabían grabar un nombre ni esculpir una palma ni una paloma. Todo el arte desaparecido. Pero ¡qué humanidad joven se elevaba de aquella pobreza, de aquella humildad y de aquella ignorancia! Los pobres, los pequeños, los míseros, el pueblo pululando echado, adormecido bajo la tierra, mientras que allá arriba el sol continuaba su obra. Una caridad y una fraternidad en la muerte; el esposo y la esposa con frecuencia reposando juntos y con el niño á sus pies, la oleada desbordante de los desconocidos que hacía desapareciese el personaje, el obispo, el mártir, la más conmovedora de todas las igualdades, la de la modestia en el fondo de aquel polvo, los nichos iguales, las lápidas sin un adorno, la misma discreción y la misma ingenuidad confundiendo las hileras sin fin de adormecidas cabezas. Era muy raro que aquellas inscripciones se permitiesen ninguna alabanza y si las había, cuán prudentes, cuán delicadas eran; los hombres muy piadosos y muy dignos, las mujeres cariñosas, castas, bellas. De todo ello desprendíase un perfume infantil, una ilimitada ternura y ampliamente humana; la de la muerte en la primitiva comunidad cristiana, de esa muerte que se ocultaba para revivir y que no soñaba con el imperio del mundo.

De una manera brusca vió Pedro evocarse ante su memoria el recuerdo de las tumbas de la víspera, aquellos suntuosos sepulcros que había evocado en las dos orillas de la vía Appia y que hacían gala á la luz del sol del orgullo dominador de todo un pueblo. Relumbraban con soberbia ostentación, con sus dimensiones colosales, su amontonamiento de mármoles, sus inscripciones indiscretas, sus obras maestras de la escultura, frisos, bajos y altos relieves, estatuas. ¡Ah! ¡Qué avenida más pomposa de la muerte en pleno campo raso, conduciendo, como en una vía triunfal, á la ciudad eterna y reina, y qué contraste más extraordinario cuando se la comparaba á la ciudad

subterránea de los cristianos, á esa ciudad de la muerte oculta, tan dulce, tan hermosa y tan casta! En esta no había más que sueño, una noche apetecida y aceptada, una serena resignación á la que no costaba ningún esfuerzo entregarse al buen descanso de la sombra, esperando las dichas del cielo: y no se encontraba, hasta que se hallaba moribundo el paganismo y perdía su belleza, esa falta de habilidad de los ingenuos obreros que contribuía á dar cierto encanto á esos cementerios, ahondados en lo profundo del suelo, lejos del sol, en la noche profunda de la tierra. Tal vez descansaban en aquellas humildes tumbas millones de seres acostados en aquellas sepulturas ahondadas en la tierra horadada como por prudentes hormigas. Habrían dormido su sueño durante siglos y seguirían durmiéndolo, misteriosos, mecidos por el silencio y la obscuridad, si los hombres no hubiesen turbado su deseo de olvido antes de que las trompetas del juicio final les llamasen á resurrección. La muerte habló entonces de la vida, pues no se había encontrado nada más viviente, de una vida más íntima y más conmovedora que aquellas ciudades de muertos sin nombre, ignorados é incontables. En otros tiempos salió de ellas un soplo inmenso, el aliento de una humanidad nueva que iba á renovar el mundo. Con la humildad, con el desprecio de la carne, con el rencor aterrado de la naturaleza, el abandono de los goces terrestres y la pasión de la muerte que abre y cierra el paraíso, empezaba otro mundo. Y la sangre de Augusto, tan orgulloso al mostrar su púrpura al sol, tan relumbrante de soberano dominio, pareció como que se ocultaba durante un momento, como si la tierra nueva la hubiese absorbido en el fondo de sus tinieblas sepulcrales.

El religioso insistió en su empeño de enseñar á aquellas señoras la escalera de Diocleciano y les contó la leyenda.

—Sí, un milagro... Bajo ese emperador, los soldados perseguían á los cristianos que se refugiaron en estas catacumbas y cuando aquellos entraron siguiéndolos, se rompió la escalera y se cayeron todos... Los escalones están hundidos aún hoy en día. Venidlo á ver, pues es á dos pasos de aquí.

Pero aquellas señoras estaban muy cansadas, dominadas por un malestar muy grande producido por la obscuridad de aquellos lugares y por haber oído tantas historias de muertos, y se empeñaron en subir. Aparte de esto las delgadas veillas estaban acabándose y todos experimentaron como un deslumbramiento cuando llegaron á lo alto y se detuvieron ante la tiendecita de objetos piadosos. La señora joven, compró un pisa-papeles, un pedazo de mármol en el que estaba grabado el pez, el símbolo de Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

La tarde de aquel mismo día tuvo empeño Pedro en visitar la basílica de San Pedro. Hasta entonces no conocía más que la grandiosa plaza que había atravesado en coche, viendo su obelisco, sus dos fuentes en el gran cuadro de la columnata de Bernin, esa cuadruple hilera de columnas y de pilastras que hace á la plaza como una cintura de monumental majestad. En el fondo se eleva la basílica, encogida y achaparrada por su fachada, pero llenando el cielo con su cúpula soberana.

Bajo el sol ardiente extendíanse pendientes empedradas, desiertas; sucedíanse los escalones bajos, carcomidos y blanqueados por el uso y Pedro entró. Eran las tres de la tarde, grandes haces de rayos luminosos caían desde las elevadas cuadradas ventanas, mientras que se celebraba una ceremonia, vísperas sin duda, que comenzaban en la capilla Clementina á la izquierda; pero no pudo oír, pues le impresionó nada más que la inmensidad de la nave. A pasos lentos, con los ojos al aire, recorrió aquellas desmesuradas distancias. Todo era grande desde la entrada: gigantescas pilas de agua bendita con sus ángeles regordetes como amorcillos; la nave central, la colosal bóveda redonda, adornada con artesonados; lo eran sobre todo en el crucero los cuatro pilares ciclópeos que sostienen la cúpula, como también los altares laterales que forman los brazos de la cruz y el ábside, cada uno de los cuales es por sí solo tan grande como una de nuestras iglesias. Le impresionaron también la pompa orgullosa, el fausto esplendente, aplastante; la cúpula que, semejante á un astro, resplandecía con tonos vivos y combinados de los mosaicos; el suntuoso solio, cuyos bronce se sacaron del Pan-

theon, y que corona el altar mayor erigido sobre la fúmba misma de San Pedro, y desde cuyo altar baja la doble escalera de la Confesión, que iluminan las ochenta y siete lámparas continuamente encendidas; por último los mármoles, una profusión, una prodigalidad de ellos extraordinaria; de mármoles blancos, de mármoles de color, puestos de muestra, amontonados ¡ahl! ¡Esos mármoles policromos de que Bernin tuvo la locura lujosa; el espléndido enlosado en que todo el edificio se refleja; el revestimiento de los pilares adornados con medallones que representan papas y alternan con otros en que están grabadas la tiara y las llaves y que sostienen mofletudos ángeles; los muros cargados de atributos, entre los cuales se repite por todas partes la paloma de Inocencio X; los nichos con sus colosales estatuas de un gusto barroco; las tribunas y sus barandas, la balaustrada de la doble escalera de la Confesión, y los altares ricos y los sepulcros más ricos aún! Todo, la gran nave, las bajas, las laterales, el ábside, era de mármol, sudaban el mármol, resplandecían con la riqueza del mármol sin que se pudiese descubrir un rincón del tamaño de la palma de la mano que no estuviese cubierto y no hiciese la insolente ostentación del mármol. Y la Basílica triunfaba sin discusión, reconocida y admirada por ser la iglesia más grande y más opulenta del mundo, la enormidad en la magnificencia.

Pedro seguía andando, vagaba errante por las naves, mirando abrumado por todas partes y sin distinguir nada. Se detuvo un momento ante el San Pedro de bronce, de rígida y hierática postura sobre su gran zócalo de mármol. Algunos fieles se acercaban para besarle el pulgar del pie derecho, lo que hacían unos limpiándolo antes, y otros sin enjugarlo lo besaban, apoyaban la frente y después lo volvían á besar. Volvióse en seguida al altar lateral de la izquierda, el que formaba el brazo de la cruz, en el que se hallan los confesionarios y en los que hay constantemente presbíteros prontos á confesar en todas las lenguas mientras que otros esperan armados con una larga varita con la que golpean ligeramente en la cabeza á los fieles que se arrodillan ante ellos, y á los que, con ese golpecito, se conceden treinta días de indulgencias. Había, sin embargo,

poca concurrencia y los curas confesores pasaban el tiempo escribiendo ó leyendo, lo mismo que si dentro de los estrechos confesionarios estuviesen en su casa. Y volvió á encontrarse ante la confesión llamándole la atención las ochenta y siete lámparas tan brillantes como estrellas. El altar mayor, en el cual sólo puede officiar el papa, parecía tener una altanera melancolía de soledad bajo el florido y gigantesco solio de bronce, cuya mano de obra y dorado habían costado más de medio millón. Acordóse después de la ceremonia que se estaba celebrando en la capilla Clementina, y se asombró porque no oía absolutamente nada. Creyó que la habrían terminado y quiso asegurarse de ello, y entonces, á medida que se iba acercando, se apercibió de un soplo ligero, como una tocata de flauta que viniese de muy lejos. Esto fué aumentando y no se conoció que se trataba de órgano hasta que estuvo delante de la capilla. Rojas cortinas corridas delante de las ventanas tamizaban el sol y la capilla estaba enrojecida con una claridad de horno y llena de la sonoridad de una música grave; pero ¡cuánto se perdía, cuánto se reducía en la inmensidad de aquella nave hasta el extremo de que á sesenta pasos de la capilla no se oían ni las voces ni el sonoro resonar de los órganos!

Al entrar creyó Pedro que la iglesia estaba completamente vacía, inmensa y muerta; después se apercibió de la presencia de algunos seres, adivinados á lo lejos. Había allí gente, pero tan espaciada, tan contada, que aquello era como si no hubiese nadie. Los viajeros ansiosos se perdían allí fatigando sus piernas y llevando en la mano la guía. En medio de la gran nave un pintor con su caballete tomaba una vista del templo con tanta tranquilidad como si se hubiese hallado en un museo público. Desfiló en seguida todo un seminario francés, guiado por un prelado que les explicaba los monumentos; pero esas cincuenta, esas cien personas, no eran nada, apenas causaban aún más efecto en aquella extensión tan grande que el de unas cuantas hormigas negras extraviadas, buscando azoradas su camino. Y desde luego la sensación neta que experimentó fué la de que se hallaba en un gigantesco salón de gala, en una verdadera «sala de pasos»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTREY, MEXICO

palacio de dimensiones desmesuradas. Las grandes manchas de luz que se proyectaban en el suelo, y que entraban por las cuadradas ventanas sin cristales de color, iluminabanlo todo con cegadora claridad y la atravesaban de parte á parte con su gloria. Allí no había ni un banco ni una silla, nada más se veía que un enlosado soberbio y desnudo hasta el infinito, un enlosado de museo, que hacía espejismos bajo la lluvia movediza de los haces de rayos de luz. No había ningún rincón para el recogimiento, ni un sitio con sombra y misterio para arrodillarse y rezar. Por todas partes la claridad viva, el deslumbramiento de una soberanía y de una suntuosidad de pleno día. Y á él le impresionó aquella sala de ópera, tan desierta, iluminada con tales fulgores de oro y de púrpura porque llegaba allí con el sobrecojimiento de nuestras catedrales góticas, en las que obscuras muchedumbres rezan y sollozan entre un bosque de pilares. ¡Y él que llevaba el dolorido recuerdo de la arquitectura y de la estatuaria expresiva y demacrada de la Edad Media, que toda es alma, se halló en medio de aquella majestad aparatosa, de una pompa enorme y vacía que era todo cuerpo! En vano buscó una pobre mujer arrodillada, un sér que tuviese fe ó sufriese y que en una media claridad pudorosa se abandonase á lo desconocido y hablase con la boca cerrada con lo invisible. Allí no había otra cosa más que el fatigoso ir y venir de los curiosos viajeros; el aire atareado de los prelados acompañando á los presbíteros jóvenes á las estaciones obligatorias; mientras tanto que continuaban las vísperas en la capilla de la izquierda sin que el ruido llegase á oídos de los que visitaban la iglesia más que como una onda confusa, el tañido de una campana colocada fuera y lejos y que bajase á través de las bóvedas.

Comprendió Pedro que allí estaba el espléndido esqueleto de un coloso monumental, cuya vida se iba retirando. Eran precisas para llenarlo y para animarlo con su alma verdadera, las magnificencias todas de las pompas religiosas. Se necesitaban allí los ochenta mil fieles que puede contener la nave, las grandes ceremonias pontificales, el esplendor de las fiestas de Navidad y de Pascua, desfiles y cortejos que desarrollasen el lujo sagrado, con decora-

ciones y escena de grande ópera. Evocó lo que sabía de la magnificencia de ayer: la basílica llena de bote en bote desbordándose de ella una multitud idólatra, el cortejo sobrehumano desfilando en medio de las frentes prosternadas; la cruz y la espada abriendo la marcha; los cardenales desfilando de dos en dos como dioses de pléyade, revestidos con roquete de encaje, con sotana y manto de moaré rojo y del que los caudatarios llevaban la larga collar; por último, el papa, como Júpiter todopoderoso, llevado en andas de rojo terciopelo, sentado en un sillón rojo y oro y vestido de blanco con capa pluvial de tisú de oro, la estola dorada y la tiara cubierta de pedrería de gran valor.

Los portadores de la «silla gestatoria» espléndidamente vestidos con sus túnicas rojas bordadas con seda. Los *flabelli* agitando por cima de la cabeza del pontífice único y soberano, los grandes abanicos de costosas plumas semejantes á los que en tiempos lejanos agitaron el aire ante los ídolos de la antigua Roma ¡y qué corte más espléndida, gloriosa y deslumbrante alrededor de la triunfal silla gestatoria! Figuraba allí toda la familia pontifical, la oleada de los prelados asistentes, patriarcas, arzobispos, obispos vestidos de oro y cubiertas las cabezas con áureas mitras; los camareros secretos participantes con sus trajes color violeta; los camareros de capa y espada participantes llevando el traje de terciopelo negro con gorguera y cadena de oro, y tras estos el inacabable séquito eclesiástico y laico, que necesita más de cien páginas de la *Jerarquía* para ser enumerado; los protonotarios, los capellanes, los prelados de todas clases y grados, sin contar con la casa militar; los gendarmes con gorra de pelo; los guardias suizos con coraza de plata y calzas rayadas de amarillo, negro y rojo; los guardias nobles soberbios con su lujosa vestimenta, sus altas botas, su calzón de piel blanca, levita bordada de oro y las sardinetas, cordones y casco de oro.

Pero desde que Roma era capital de Italia, las puertas no se abrían de par en par, si no que por el contrario, las cerraban con celoso cuidado; y en las contadas ocasiones en que bajaba el papa á oficiar, á mostrarse como el su-

premo elegido, Dios encarnado sobre la tierra, la basílica no se llenaba más que de convidados que, para entrar, tenían que presentar la esquila de invitación. Aquello ya no era el pueblo, los cincuenta, los sesenta mil cristianos corriendo, agolpándose, amontonándose al azar de la oleada; era la elección, la concurrencia amiga, escogida para solemnidades particulares y á puerta cerrada, y hasta en aquellos casos en que se llegaban á reunir algunos millares, no había más que un público limitado, convidado al espectáculo de un concierto monstruo.

Y cada vez más, y á medida que recorría ese museo frío y majestuoso, en medio del brillo duro de los mármoles, estaba Pedro penetrado de la sensación de que se hallaba en un templo pagano, levantado al dios de la pompa y de la luz. Un templo de la Roma antigua hubiera sido enteramente igual, con las paredes revestidas con los mismos mármoles policromos, iguales preciosas columnas é idénticas bóvedas con dorados artesonados. Esa misma sensación debía experimentarla con mayor intensidad al visitar las otras basílicas que iban á concluir por hacer que conociese la verdad indiscutible. Fué al principio la iglesia cristiana instalándose con toda audacia y tranquilidad en el templo pagano: San Lorenzo *in Miranda*, que se instaló como en su casa en el templo de Antonino y de Faustino, del que conservó el lujoso pórtico de mármol cipolino y el hermoso cornisamiento de mármol blanco; ó bien la iglesia cristiana que retoñaba de un tronco caído, del antiguo edificio destruido, como el San Clemente actual, por ejemplo, bajo el que hay siglos de creencias contrarias estratificadas, un monumento muy antiguo del tiempo de la república, otro de la época del imperio, en el que se reconoció recientemente un templo de Mithra, en fin, una basílica de la primitiva fe. Seguía en seguida la iglesia cristiana, como Santa Ana del Campo, construyéndose bajo el mismo modelo de la basílica civil de los romanos, del tribunal y de la bolsa que acompañan á todo Foro, y era más que nada la iglesia cristiana construída con los materiales sacados de los templos paganos en ruinas; las dieciseis columnas de esa misma Santa Ana, de distintos mármoles y cogidas indudablemente en diversos templos;

las veintiuna columnas de Santa María del Transfibre, de todos los órdenes, arrancadas de los templos de Isis y Serapis, y en cuyos capiteles consérvanse aún por cierto las figuras con que se las adornaron; las treinta y seis columnas de Santa María la Mayor, de orden jónico, procedentes del templo de Juno Lucinia; las veintidos columnas de Santa María de Araceli, todas de materias distintas, lo mismo que es desigual su procedencia, dimensión y trabajo, y que la leyenda quiere que algunas hayan sido quitadas al mismo Júpiter, al templo de Júpiter Capitolino que se elevaba en el mismo sitio en la sagrada cima. Aun hoy los templos de la rica época imperial renacen en las basílicas suntuosas, en San Juan de Letrán y en San Pablo de fuera de los muros.

La basílica de San Juan de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias, desenvolviendo sus cinco naves, divididas por cuatro hileras de columnas, alineando sus doce estatuas de los Apóstoles, como un doble alineamiento de dioses conduciendo al maestro de los dioses, prodigando los bajo relieves, los frisos y las cornisas ¿no era el palacio de honor de una divinidad pagana cuyo opulento reinado pertenecía á este mundo? Y, en San Pedro sobre todo, tal y conforme lo han terminado con sus esplendores de los mármoles nuevos ¿no se encuentra la mansión de los Inmortales del Olimpo, el templo tipo, la majestuosa columnata bajo el techo plano, con dorados artesonados, el pavimento de mármol de una belleza de materiales y de trabajo incomparables, las pilastras con los zócalos violeta y los capiteles blancos, el cornisamiento blanco con friso violeta y por todas partes la combinación de esos dos colores de una armonía divinamente carnal, que hacía pensar en los cuerpos soberanos de las grandes diosas bañadas por la aurora?

En ninguna parte, ni más ni menos que en San Pedro, no había ni un rincón de sombra, ni un rincón misterioso, abriéndose sobre lo invisible. Y al menos San Pedro seguía siendo el monstruo por su derecho de coloso, grande entre los más grandes, testimonio desmesurado de lo que puede la locura de lo enorme cuando el orgullo humano sueña en alojar á Dios, á fuerza de derrochar millo-

nes, en una mansión de piedras, demasiado grande y demasiado opulenta en la que el hombre triunfa en su nombre.

Era pues á ese coloso de la opulencia á donde había ido á parar después de muchos siglos el fervor de la fe primitiva. Allí se veía una muestra de esa savia romana que retofió en monumentos poco razonables, exagerados. Parece que los amos absolutos que sucesivamente han reinado, aportaron con ellos esa pasión de la construcción ciclópea y la implantaron en la tierra en que crecieron porque se la han transmitido sin traba, de generación en generación.

Es una vegetación continua de la vanidad humana, la necesidad de inscribir su nombre en un muro, de dejar tras sí, después de haber sido el amo de la tierra, una huella indestructible, la huella tangible de toda esa gloria de un día, el edificio eterno de bronce y de mármol que dará testimonio de todo, hasta el fin de las edades. En el fondo no hay en todo esto más que el espíritu de conquista, la orgullosa ambición de la raza, siempre deseando dominar al mundo, y cuando todo se ha derrumbado, cuando una nueva sociedad renace de las ruinas y se puede creer que curó del orgullo, impregnándose de humildad se comete un error, porque en sus venas tiene la sangre vieja, cede de nuevo á la insensata insolente locura de los antepasados, presa de toda la violencia de la herencia, en cuanto se hace grande y fuerte.

No hay un solo papa ilustre que no haya querido construir, que no haya reanudado la tradición de los Césares, eternizando su reinado sobre la tierra, haciéndose levantar templos á su muerte para pasar al rango de los dioses. Estalla el mismo deseo de inmortalidad y existe la lucha de quién será el que deje el monumento más grande, más sólido y magnífico, y es tan aguda la enfermedad que, aquellos que, menos afortunados, no han podido construir y se han tenido que limitar á reparar, se han apresurado á transmitir á la posteridad la memoria de sus modestos trabajos, mandando colocar lujosas lápidas de mármol en las que se graban pomposas inscripciones; de ahí el continuo hallazgo de esas placas y el que no haya ni una pared

reforzada sin que un papa no la haya fimbreado con sus armas, ni una ruina restaurada, ni un palacio arreglado, ni una fuente limpiada, sin que el papa reinante no firme la obra con su título romano de Pontífice Máximo.

Es esto con una frecuencia grande, un involuntario derroche, la florescencia fatal de ese terreno formado desde hace dos mil años por escombros. Los monumentos surgen sin cesar de ese polvo de monumentos. Y se pregunta uno si Roma ha sido jamás cristiana dada esa perversión con que el antiguo suelo romano ha contaminado en seguida la doctrina de Jesús con esa voluntad de dominación, con ese deseo de la gloria terrestre que constituyeron el triunfo del catolicismo, con desprecio de los humildes y los puros, de los fraternales y de los sencillos del cristianismo primitivo.

Entonces, de pronto, y á impulsos de brusca iluminación, vió Pedro resplandecer la verdad y resumirse en él, en el momento en que, por segunda vez, daba la vuelta á la basílica inmensa, admirando las tumbas de los papas. ¡Ah! ¡Esas tumbas! Allá abajo en el campo raso, bajo el pleno sol, en las dos lindes de la Vía Appia, que era algo como la entrada triunfal de Roma que conducía al extranjero al Palatino augusto, ceñido con una diadema, se elevaban las gigantescas tumbas de los poderosos y los ricos, de un esplendor de arte, de sin igual magnificencia, que eternizaban en el mármol el orgullo y la pompa de una raza fuerte y dominadora del mundo. Cerca de esas tumbas, en el fondo de la tierra, en plena noche discreta, en miserables agujeros de topo, ocultábanse otras sepulturas, las de los pequeños, de los pobres, de los humildes y de los que sufren, tumbas sin arte ni riqueza, y cuya humildad decía claramente que un soplo de ternura y de fraternidad pasó por allí; que un hombre vino á predicar la fraternidad y el amor, el abandono de los bienes de esta vida por las bienaventuranzas de la vida futura confiando á la nueva tierra la buena semilla de su Evangelio, sembrando la nueva humanidad que iba á transformar el mundo. Y he aquí que de esa semilla hundida en el suelo durante los siglos; he aquí que de esas tumbas tan humildes, tan desconocidas, en las que los mártires dormían dulce

eterno sueño, esperando el glorioso despertar, nacieron otras tumbas tan gigantescas y fastuosas con las antiguas y destruidas de los idólatras, elevando sus mármoles entre los esplendores paganos de un templo, dando muestras del mismo orgullo sobrehumano, de la misma desmedida y loca pasión de la dominación universal. En el Renacimiento volvióse Roma pagana; la vieja sangre imperial vuelve á subir y arrastra al cristianismo bajo el ataque más rudo que haya podido sufrir nunca. ¡Ah! ¡Esas tumbas de los papas en San Pedro, con su glorificación insolente, con su enormidad carnal y lujosa, desafiando la muerte y colocando la inmortalidad sobre la tierra! Son papas de bronce desmesurados, son figuras alegóricas, ángeles equívocos, hermosos como muchachas, mujeres deseables con gargantas, pechos y caderas de diosas. Pablo III está sentado sobre elevado pedestal y teniendo á la Justicia y la Prudencia medio echadas á sus pies; Urbano VIII está entre la Prudencia y la Religión; Inocente XI entre la Religión y la Justicia; Inocente XII entre la Justicia y la Caridad; Gregorio VIII entre la Religión y la Fuerza; Alejandro VII de rodillas, acompañado de la Prudencia y de la Justicia, tiene delante á la Caridad y á la Verdad y un esqueleto que se levanta mostrando un reloj de arena vacío. Arrodillado también triunfa Clemente XIII encima de un sarcófago monumental en el que se apoya la Religión sosteniendo la cruz, mientras que el genio de la Muerte, que se halla en el ángulo de la derecha, tiene á sus pies dos leones enormes símbolo de la supremacía. El bronce revela la eternidad de las figuras; los mármoles blancos muestran bellas opulentas carnes y los de color se envuelven en ricos paños notables por su plegado, elevándose los monumentos en plena apoteosis bajo la luz viva y dorada de las inmensas naves.

Y Pedro pasó del uno al otro y continuó andando á través de la Basílica llena de luz, soberbia y desierta. Sí, esas tumbas de imperial ostentación, se unían con aquellas otras de la Vía Appia. Era con seguridad Roma, la tierra de Roma, esa tierra en la que el orgullo y la dominación crecían como la hierba en el campo, que hizo del humilde cristianismo primitivo el catolicismo victorioso, aliado de

los ricos y de los poderosos, gigantesca máquina de la gobernación preparada para la conquista de los pueblos. Los papas se despertaron césares. Y la lejana herencia obraba, la sangre de Augusto había brotado otra vez, corriendo por sus venas y abrasándoles el cráneo con desmesuradas ambiciones. Sólo fué Augusto el que realizó el imperio del mundo, siendo á la vez emperador y gran pontífice, dueño de los cuerpos y de las almas. De ahí el eterno sueño de los papas, desesperados al no poder obtener más que el poder espiritual, obstinándose en no ceder nada del temporal con la esperanza secular, jamás abandonada, de que ese sueño, realizándose aún, hará del Vaticano otro Palatino, desde el que ellos reinarán como déspotas absolutos sobre las naciones conquistadas.